

## Giulia, la hermana de mi mujer

El cartel de arribos decía que el avión ya había pisado la pista. Martina y su hermana Giulia habían salido del aeropuerto de Fiumicino la noche anterior. Habían tomado el *Freccia Rossa* desde Génova con cinco valijas y más allá del pago en el exceso de equipaje, que me vino en la tarjeta, no podía imaginar como dos muchachas que no superan los cincuenta kilos podía con el peso de todos esos bultos. Yo había conocido a Giulia en nuestra luna de miel, habíamos aprovechado la oportunidad de estar visitando Europa y replicamos la ceremonia de nuestro casamiento con toda la parentela que no había podido venir a la Argentina. Por esos tiempos Giulia era una muchachita que no llegaba al metro y medio y no había terminado la secundaria pero ya se vislumbraba en ella lo que no me sorprendió al verla salir junto a su hermana mayor por la puerta del aeropuerto. Yo había visto algunas fotos que Martina me mostraba en su Instagram, pero al verla en persona irradiaba un magnetismo que hacía girar las cabezas de todo el género masculino que aguardaba el arribo de sus familiares en el hall. Giulia era la versión antigua de mi esposa pero mejorada, perfeccionada y potenciada por el brillo que indiscutiblemente da la juventud.

A Martina la conocí en la Dante Alighieri donde ella trabajaba como profesora de italiano nativa, yo en ese momento simplemente les ofrecía asesoramiento contable y como deben ocurrir ciertas cosas, un encuentro furtivo en el ascensor del instituto hizo que mi corazón quedará flechado por esa *tanita*. Ella había dado un giro de ciento ochenta grados a la vida de un solterón graduado sin que ninguna dama hasta ese momento pudiese romperle el invicto. A los pocos meses estábamos haciendo nuestra caminata al altar esperando la bendición de dios sin saber lo que los laberintos de la vida nos iban a presentar. Ella era la mujer de mis sueños, pero había algo en ella que hasta el día de hoy no pude descifrar, no sé si fue por su

educación, por las distintas culturas, o por su deseo contundente de no tener hijos, pero Martina tenía algo que me intrigaba y el tiempo me dio la razón.

Un par de meses atrás noté a Martina muy preocupada, se la veía nerviosa y bastaba con que una mosca entrara por la ventana para que iniciáramos una guerra sin sentido. Una tarde antes de que todo volara por el aire, le pedí que conversáramos, que confiara en mí lo que le pasaba, que veía en ella unos cambios que nos llevarían inevitablemente al fracaso de nuestro matrimonio. En ese momento, entre lágrimas me contó que, hablando con su madre como lo hacía habitualmente, esta le dijo que Giulia había cortado con su novio y que el tipo la amenazaba persiguiéndola día y noche al punto que la chica tenía terror de salir a la calle. Por eso le sugerí que vaya a su ciudad natal, pasara unos días con su familia y chequera en persona que tan grave era la situación que estaba aconteciendo con su hermanita. Por suerte ella tomó a bien mi consejo y esa misma semana compró los pasajes. Al parecer lo que le estaba pasando a Giulia era algo muy serio, tan serio que ya habían hecho en reiteradas ocasiones denuncias en la *Polizia di Stato* y lograron que un patrullero rondara la manzana de su casa con cierta frecuencia.

Subimos las valijas a mi auto y fuimos a nuestra casa. Martina había decidido de motus propio que lo mejor para su hermana era que se viniera a vivir con nosotros por un tiempo, para la salud mental de Giulia y porque no para la de ella también. En ese momento mi salud mental era lo que menos importaba y hoy me arrepiento.

Por suerte el departamento de Caballito que habíamos comprado hacía ya más de diez años era lo suficientemente amplio como para que tres personas pudieran convivir sin molestarse. Tenía tres cuartos enormes, tres baños y un living que daba al parque que era mi lugar de contemplación esas tardes que venía molido del estudio y me arrojaba descalzo en mi sillón con mi infaltable lata de cerveza.

“Como había sido el viaje” les pregunté mirando a mi cuñada por el espejo retrovisor. Ella bajó la cabeza, tenía una mirada triste, esquiva, como si tuviera vergüenza. Mi esposa me contestó por la dos esas cosas que se contestan para llenar el tiempo y que no parezca que el aire se corta con una navaja. Ese mismo día me di cuenta de que Giulia solo hablaba italiano y que apenas entendía lo que yo le decía. Martina le servía de intérprete y para mí era un esfuerzo enorme separar cada frase con un intervalo para que mi esposa pudiera traducírsela casi en simultáneo. Muy de a poco me fui dando cuenta de cuánto sufrió Giulia con su exnovio y el daño psicológico que le había ocasionado.

Pero esta historia, aunque no lo crea empieza a tener sentido cuando una mañana en la que estábamos haciendo el amor con mi mujer y la puerta de nuestro cuarto se abre de repente. Salté como si me hubieran eyectado de un aeroplano sin paracaídas y ella, mi cuñadita, se adentra y nos dice “Buongiorno”. Me tumbé hacia mi lugar de la cama y cubrí mis partes con las sábanas. Martina, en cambio la saludó como si no hubiese pasado nada y se quedaron un buen rato, ella desnuda, conversando en un dialecto del cual solo un par de palabras pude interpretar. Desayunamos los tres y pude notar que la mirada de Giulia había cambiado, ya no era esquiva como ese primer día, ahora era todo lo contrario, sus ojos azules me miraban como un animal salvaje, un hermoso felino que aguarda su momento para abalanzarse encima del indefenso ratón. Ella no me hablaba, ella ronroneaba, ella no caminaba, ella se agazapaba, ella no me miraba, ella me comía a mordiscones con su mirada. Ella era todo lo bello, era todos los deliciosos sabores del mar, era el sol mediterráneo y sus costas, sus médanos y sus casas aterrazadas sobre el Adriático, ella era la geografía misma que a un pobre cristiano podía venderle el boleto de ida sin escalas al infierno. Su pelo rizado salvaje y su labio inferior levemente mordido en el momento exacto en que nos

cruzábamos miradas era el castigo divino que todo humano hubiese pagado por tener.

Y la tortura comenzó a cabalgar por mis neuronas a partir de ese día. Yo evitaba mirarla, también evitaba hablar de cualquier cosa, mientras las dos hermanas se miraban y se reían de algo que yo no entendía. Mis malos pensamientos eran una constante, en el trabajo no podía concentrarme. Su imagen se aparecía frente a mí en cada momento con ideas oscuras, vagas, llenas de pecado que combatían contra otra fuerza, la de mi moral cristiana, aquella que me habían inculcado de pequeño. Me sentía como ese gordo en plena dieta que abre y cierra la heladera para ver si esa última porción de torta de chocolate, dulce de leche y crema que había quedado de la fiesta de la noche anterior aún estaba ahí y que en el momento que la culpa se disipara, poder devorarla. Me detenía en el pasillo cada vez que escuchaba la ducha correr en el baño de Giulia, me la imaginaba con su cabeza tirada para atrás, bebiendo las gotas de agua que caían violentas sobre su lengua, me la imaginaba enjabonándose, tocándose. Una vez me sorprendió ahí parado como un idiota, mientras ella salía con su pelo mojado tapándose con una toalla. En mi mente ya había fornicado con mi cuñada tantas veces como las vueltas que dan las agujas del reloj cruzando las doce, pero todo en mi fantasía y en mi más oscura y pecaminosa imaginación.

Ese domingo le pedí a Martina que quería ir a misa a la iglesia donde solíamos ir cuando recién nos habíamos casado. Necesitaba confesarme, hablar con el cura y pedirle un consejo. Lo que me estaba pasando era vergonzoso, no podía contárselo a nadie, ninguno de mis amigos se lo hubiera tomado en serio, cualquiera se hubiese burlado de mí. Fuimos los tres, rara vez Giulia salía sin nosotros, aunque le habíamos dado un juego de llaves. En el confesionario, abrí mi corazón y le dije al cura lo que me estaba pasando o mejor dicho... de cómo me iba quemar si seguía tan cerca de las llamas. El cura no vio mi cara ya que una rejilla de metal separaba nuestros

rostros, pero sin duda mis mejillas estaban colorada como un tomate, ya que cuando me levanté y me dirigí al banco donde estaba mi esposa y mi cuñada ambas se golpearon con los codos y se empezaron a reír.

Fue en ese preciso momento en el que imaginé que podía haber un perverso plan, un plan que las dos estuviesen tejiendo como arañas pollito sobre mi persona, un plan para justificar una separación por adulterio y quedarse con la totalidad de mi patrimonio, con mi empresa y con todos mis bienes, un plan en mi contra, en el que yo no debía pisar el palito. Me estaba percatando que algo raro estaban elucubrando por detrás mío, algo cuya complicidad se podía detectar sin ser muy inteligente, algo que sin duda era en perjuicio mío. Pensé, que tal vez toda la historia del ex novio de Giulia y su persecución enfermiza era un cuento y detrás de todo lo que me estaba pasando había otras intenciones. El sacerdote casualmente leyó el evangelio de San Marcos sobre la ley del Levirato donde dice que si uno hombre muere y deja una viuda sin hijos el hermano de ese hombre tiene que casarse con la viuda para que su hermano tenga descendencia. Haciendo una analogía, ya que con Martina jamás tendría hijos, ¿Giulia vendría a ser su suplente para este menester? Yo estaba más que confundido y lo que acababa de escuchar sumaba más a mi desorden mental. Hermano, viuda, muerte, hijos, alguna similitud estaba encontrando en las palabras del evangelio, con lo cual quizás no era tan aberrante lo que me estaba sucediendo, si era palabra de dios. Al momento del saludo de la paz tanto Giulia como Martina me besaron en ambas mejillas de una forma cariñosa inapropiada para el contexto donde estábamos. Salí del templo, más perturbado de lo que había entrado a pesar del perdón que había recibido en la confesión. Creí que entre ellas había un pacto diabólico, un pacto que garantizaba que de una vez y para siempre la posibilidad de ir al cielo y ni siquiera al purgatorio me admitirían. Uno puede serle infiel a su mujer, lo que no está bien, pero esto era una aberración, un vaticinio del demonio, una inmoralidad con todas las letras.

Por eso decidí y hoy no me arrepiento de seguir adelante con mis impulsos, tomar el toro por las astas y no tratar de evitar lo inevitable. Ese lunes, llegué del estudio temprano, en realidad salí del estudio temprano para llegar temprano a casa, no sé si me entienden, si había que poner la cabeza en la guillotina estaba dispuesto a estirar el cogote y no seguir con rodeos, el pecado ya estaba consumado en mi cabeza con lo cual solo me faltaba ejecutarlo, ponerlo en hechos y dejar de culparme por saltar al abismo que sin duda las dos me estaban empujando. Abrí la puerta con temor, sentí que la escena era absurda, tener miedo de entrar a mi propia casa no tenía sentido, pero yo parecía un ser que vagaba por el mundo en estado de hipnosis, a punto de realizar cualquier idiotez que me ordenaran hasta cometer el más terrible de los crímenes.

Al entrar fui directo al living, ella, o sea Giulia estaba despatarrada con sus hermosas y largas piernas sobre el brazo de mi sillón. En su mano, un vaso de gaseosa *diet* que transpiraba gotas de frescura me daban ganas de pedirle un trago para humedecer la sequedad de mi garganta. En casa estaba ella sola, sabía que Martina ese día iba a llegar tarde. Lo tenía todo planeado. Me senté frente a esa esfinge de mujer y le dije que era *bellissima* y ella me respondió con un *tante grazie*. Me acerqué buscando la distancia justa para robarle un beso pero ella puso su brazo firme en medio de mi pecho como si hubiera practicado artes marciales desde chiquita. No me quedó otra que darme cuenta de que por ese lugar no era el camino. El arrepentimiento hizo frenar el tiempo y pude rebobinar el momento. Me situé exactamente diez minutos atrás, en el mismo instante que estaba poniendo la llave en la puerta de mi departamento y el temor se apoderaba de mí. Al común de la gente y en especial a los amigos que les he contado sobre Giulia al llegar a este punto piensan que voy a tener un final trágico, pero les pido a todos que me tengan paciencia ya que el verdadero final está por venir pronto.

Entré de nuevo al mismo living, el living en el que tantas tardes mirábamos películas con Martina, pero esta vez no estaba solo Giulia, esta vez estaban las dos, sentadas en mi sillón, mirando al parque, ambas con una copa de malbec en una gran charla en italiano a la que solo algunas palabras aisladas podía entender. Fui a la cocina y me serví en la copa lo que quedaba de la botella, era evidente que habían tomado bastante. Martina, mi mujer, como si estuviera haciéndome un regalo de navidad me propone que hiciéramos una pareja de tres, que a su hermana yo le gustaba y que era evidente que a mí también. Que ella no tendría ningún problema en compartirme, que podía tener con ella el hijo que tanto anhelaba, que no iba a ser infidelidad, iba a ser un acto privado, un acto de amor profundo, de común acuerdo y que a los ojos del mundo debería ser inadvertido. Giulia me miró con sus tremendos ojos y alzó su copa para festejar la propuesta, pero juro que me asusté, todos mis principios religiosos me lo impedían por eso puse *stop* en mi línea de tiempo y me volví a situar colocando de nuevo la llave en la cerradura de nuestro departamento, el mismo que habíamos comprado hace casi diez años, el mismo del que nos habíamos enamorado ya que tenía una espléndida vista al parque.

Pero todo el mundo espera, cuando cuento esto que me pasa con mi cuñada, una historia con final feliz, pero las historias de amor no tienen finales felices, son historias catastróficas y es nuestro morbo por ver como la alegría se disipa y la desgracia que le deseamos al resto del planeta vence.

Y entré al departamento y crucé del espacio irreal al espacio real, como pasando por las dimensiones de un cubo. Fui despacio hasta el living, no podía dejar de sorprenderme, Martina y Giulia seguían sentadas en mi sillón, pero esta vez ambas con una lata de mis cervezas predilectas en sus manos. Era obvio que me estaban esperando. “Llegaste temprano” me dijo Martina, a lo que asentí en silencio. Fui a la cocina, abrí la heladera y me agarré la última lata que quedaba. Los tres frente a frente, mejor dicho ellas dos frente

a mí. Me miran, agacho la cabeza, no puedo sostenerles la mirada, me inspeccionaban, me siento un pobre tipo, un pecador, sonríen como sabiendo cual sería el castigo merecido que debían informarme.

—Tengo algo que contarte — arrancó Martina y esperé la sentencia de muerte —de la Dante me propusieron un traslado a Milán, va a ser solo por un año, pero va a ser algo muy importante para mi carrera.

Respiré hondo y abrí los ojos sorprendido.

—¿Y el estudio? ¿Y mis clientes? Yo no puedo dejar la oficina por tanto tiempo.

—¡No claro! ¡claro que no! Ya lo pensé, mejor dicho lo pensamos, vos te quedás con Giulia, ella va a aprender castellano, vos vas a practicar italiano y prometo que en doce meses me vuelvo. ¡Lo juro!

Y como si me estuviese pidiendo permiso para ir a dar una vuelta me dice:

—Es seguro que a mi regreso me darán una posición gerencial en el instituto.

Tragué saliva, litros de saliva con gusto a cerveza. Mi cerebro se reseteo de golpe. Me imaginé todo ese tiempo, cada uno de esos trescientos cincuenta y cinco días, todas esas cenas, esos despertares, esas duchas interminables, me imaginé dentro de la jaula del león como un lechón recién rostizado embadurnado en salsa barbacoa. Mis amigos jamás creerán esta historia, muchos pensaran que tengo alucinaciones, que fabulo, que estoy loco o que al menos soy un fanfarrón, pero aunque parezca ficción esto es lo que me pasó con Giulia, la hermana de mi mujer.

Me paré frente a ellas. Extendí mi lata que ya estaba tibia por el calor que le había irradiado mi mano sudorosa. La choqué contra las otras dos expresando hipócritamente mi alegría y mi orgullo por el logro.

—¡¡¡Brindemos por ello!!! ¡¡¡Y que dios las bendiga!!! —pero en el fondo de mi corazón y aunque se me empezaban a cerrar las puertas del cielo, quise gritar “Brindemos por mí y que dios me perdone”.